

co se dilataron; la desembocadura del río Elba cayó en sus manos; aumentos territoriales, redondearon sus dominios; el Austria se apartó del resto de Alemania; la Sajonia, Baviera y Baden entraron en la tutela de la gran potencia á cuyos esfuerzos se debía que la unidad alemana, el sueño de los poetas, fuese viviente realidad.

En las peripecias de la guerra, Austria cede la hermosa prenda Venecia, causa como la Helena antigua de tantas y tan cruentas guerras, al Emperador Napoleon para que el Emperador Napoleon la cediera, si queria, á Italia. Cuando vieron los franceses semejante hecho; cuando vieron que la porcion más codiciada de Europa era cedida á su Emperador, creyeronle nuevamente árbitro de Europa. Y los ménos optimistas se imaginaron que tras la cesion del Véneto por el Austria venia la cesion del Rhin por Prusia. Cuál no fué el desengaño del pueblo, la rabia del Emperador cuando vieron que Prusia se quedaba con sus grandes territorios y no traspasaba ni una pulgada de territorio germánico á Francia. El Emperador estaba perdido. Viendo que no podia nada en los campos de la guerra ni en los consejos de la diplomacia, se dió con empeño á evocar la libertad caída, muerta á sus manos. Y escribió una carta que prometia la libertad y que diera margen á leyes falsificadoras de la democracia.

De este pueblo tan grande, sí, de este pueblo de Francia, que despertó á los pueblos con la voz de sus revoluciones, ha podido hacer el Cesarismo un pueblo bastante humilde para sufrir largos años de dictadura militar cuyo término todavía no entrevemos en el horizonte. Y esta dictadura enmascarada con todas las hipócritas exterioridades de la democracia, con los principios de 1789 por lema y el sufragio universal por base, necesitaba vulnerar aquellas instituciones progresivas que se iban escapando por una reaccion natural á su sombra de muerte. Cuando queria dar libertad á la imprenta, Keverguen,

diputado reaccionario, emprendió triste campaña de calumnias, contra los periódicos liberales, que, muchas veces complacientes por necesidad, cómplices á pesar suyo del gobierno, eran como las cenizas donde se guardaban las centellas que habian de iluminar nuevamente la conciencia humana en dias más prósperos para la democracia universal.

La calumnia se mordió á sí misma. En efecto, La Varenne, hábil intrigante, aventurero audaz, salteador del Hotel de Ville en 1848, enemigo de los republicanos porque no quisieron sus manchados servicios, engañador afortunado de los gobiernos italianos, dispuesto á servir por dinero todos los partidos, lucróse un poco en negociaciones intentadas para servir la causa italiana y tomó como bandera para ocultar su innoble mercancía el nombre de la prensa francesa. Pero la prensa liberal francesa ha sido siempre entusiasta por la causa italiana, porque la prensa francesa es una prensa cosmopolita; porque la causa de la independencia de los pueblos tendrá siempre plumas dispuestas á su defensa mientras palpiten corazones humanos en el mundo; porque la libertad de Italia aparecia solidaria con la libertad de Francia; porque el derecho es universal y los pueblos son hermanos; y porque si hay algun pueblo que merezca excepcionales sacrificios y que despierte vivo entusiasmo, es esa Italia, que nos ha llevado á todos en su seno, que nos ha sonreido á todos con sus artes y que nos ha iniciado á todos, Vestal sagrada de la historia moderna, severa testamentaria de la historia antigua, en los misterios de la civilizacion y en los principios del derecho.

Por consiguiente, ¿á qué habia de comprar con dinero el gobierno italiano una prensa que tenia ganada por las ideas? Pero lo más horrible fué que un diputado de la mayoría y un director del periódico que se llamaba *Diario del Imperio*, no vacilaran en levantar sobre falsedades manifiestas el armazon de sus calumnias. Los documentos eran falsos y la

falsificacion verdaderamente escandalosa, no sólo por lo vil, sino tambien por lo torpe. Se hablaba de periódicos que á la sazón no existian, y firmaban ministros que á la sazón no eran ministros. Los periódicos incriminados de esta manera escandalosa, pidieron autorizacion para procesar al falsificador. El Cuerpo legislativo pudo negarlo, pudo pisotear, tratándose de uno de los individuos de su mayoría, los draconianos principios que ha establecido contra la calumnia; pero en la frente de ese Keverguen que deseaba pasar por caballeresco defensor de la monarquía y de la religion, quedará grabada siempre la deshonorosa marca de calumniador.

Es una ley de la historia: los enemigos de la libertad son los que más abusan siempre de la libertad. Cuando no pueden herirla, se contentan con deshonorarla. Y sin embargo, hay tal vitalidad en ese principio, que lo invocan como una religion para negociarla como una mercancía. El gobierno imperial prometió una ley de libertad de imprenta, y otra ley de libertad de reunion. La de imprenta modificaba un tanto el régimen antiguo. Pero las dos ventajas que tiene son haber abrogado la prévia autorizacion, y por haber disminuido el impuesto del timbre. Pero hay libertad de imprenta con depósito enorme, con timbre ruinoso, con penas pecuniarias y personales, con amenaza de suspensiones temporales y de una supresion definitiva, sin contar el grave riesgo de que los escritores todos pierdan sus derechos políticos, y en pocos meses los sacerdotes del pensamiento se conviertan tristemente en una raza de ilotas.

Después de tal ley de imprenta, se discutió su complemento necesario, que era la ley de reuniones. Yo no comprendo un derecho más fecundo que el derecho de reunion. Ninguno debiera ser tan sagrado. Suprimidlo, y habeis suprimido en Grecia la Academia, en Asia el Cristianismo, en Alejandría los fundadores del dogma, en Roma los misioneros que bautizaron á los bárbaros y los rindieron al yugo

de la ley, en el mundo moderno los filósofos que han divulgado los principios de justicia, los legisladores que han promulgado fórmulas, ideas del nuevo derecho, los reformadores de la conciencia y de la vida. En definitiva, es tan inútil reprimir el derecho de reunion, como todos los derechos esenciales á la naturaleza humana. Los masones se extendieron bajo la monarquía absoluta, á pesar de los esbirros innumerables de los reyes. La sociedad que es natural, que está reclamada por una idea viva ó por una exigencia imperiosa de la opinion, se organiza en las sombras y vive. Los Césares tienen contra los reformadores sus hogueras; pero los reformadores tienen contra los Césares sus catacumbas. Y encerrada allí la idea como el grano en la tierra, se fecunda y brota el pan del alma para muchas generaciones. Yo no conozco válvula más segura contra las violencias revolucionarias. Yo he visto las sociedades viejas guardadas en el sepulcro gótico de una Iglesia caduca, veladas por los reyes, inmóviles sobre la almohada de piedra de sus gastadas instituciones, estremecerse al temor de una revolucion como los frios miembros de un cadáver galvanizado por las fuertes descargas de una pila de Volta; mientras las sociedades nuevas, como la República de Suiza, establecidas en el derecho moderno, abiertas á todos los vientos de la libertad, llenas de asociaciones varias donde se predicán todas las ideas y hasta todas las utopías, permanecen pacíficas y serenas, viendo pasar de lejos, á la manera que las inmaculadas cumbres de los Alpes, el tumulto de las tempestades. Y cuando se piensa que sin el derecho de reunion son imposibles desde las asociaciones de crédito, que centuplican las fuerzas vitales, hasta las asociaciones científicas, que trasfiguran ó iluminan las almas, se indigna el corazón viendo cuántos tesoros malgastan los gobiernos, cuántos bienes morales sacrifican torpemente en aras de su miedo.

La ley de reuniones corre parejas con la ley



de imprenta. Por el primero de los artículos se reconocía el derecho, y por el resto se derribaba lo mismo anteriormente reconocido. Las reuniones políticas se prohibían absolutamente y se permitían las literarias con tal que no se rozasen nada con la política. Esto es horrible. Tanto valdria decirle á un cuerpo: os permito el corazon, pero os arranco los pulmones. Los derechos son idénticos en su esencia. La correlacion que entre ellos existe es interior y orgánica. Las ciencias todas han llegado á una síntesis, y cada una de ellas representa el término de una série. Dadme un libro de literatura, y yo os diré cómo piensa el autor en política. La estética que profesa los principios de independencia ó dependencia del arte; el valor atribuido á la autoridad y á los códigos académicos; el juicio sobre la antigüedad clásica y sobre la Edad Media cristiana; sus inclinaciones á tal ó cual género de elocuencia, su entusiasmo por tal ó cual autor me indicarán si está afiliado á la causa de la reaccion ó á la causa de las revoluciones. No juzgan lo mismo á Cervantes el literato elegiaco, cuyo corazon se oprime al ver hundirse el ideal gótico y los sueños de la caballería, que el literato radical, cuyo corazon se ensancha con el progreso de los siglos y la emancipacion de los entendimientos en los espaciosos horizontes de la historia. No juzgan lo mismo á Voltaire un católico y un racionalista. Por consecuencia, cuando se prohibían las reuniones políticas, en realidad se prohibían las reuniones literarias.

Lo único que en política se consentía, eran las reuniones electorales, pero en una especie de jubileo de quince dias, vigiladas por un agente de la policía, toleradas por un permiso de la autoridad, en sitio cerrado como si se temiera al viento, y con la presidencia de un ciudadano que debia pagar diez mil francos cada vez que se le fuese la lengua á cualquiera de los reunidos; restricciones absurdas y equivalentes á la negacion completa del derecho.

Así, no es mucho que á cada instante se hallen sobrecogidas estas sociedades por revoluciones que amenazan sus bases. Y no se diga, que tambien hay revoluciones en los países democráticos, por el ejemplo de las revoluciones americanas. Yo no lo niego, porque nunca he negado la evidencia. Pero no me sería difícil probar: 1.º, que los gérmenes de esas revoluciones se hallan todos en los restos del régimen; 2.º, que las causas de esas revoluciones son ajenas á las leyes republicanas y á la esencia de la democracia; y 3.º, que, sea cualquiera su alcance, ninguna llega á querer cambiar las bases actuales de la sociedad y todas se estrellan contra un principio definitivamente admitido, contra la estabilidad de la República.

Yo no puedo negarlo; en los pueblos muy divididos sobre las instituciones fundamentales, sobre la forma de gobierno, tienen grandes peligros la libertad de imprenta y la libertad de reunion. Pero el medio de evitar estos peligros, el medio único es fundar formas de gobierno bastante robustas para resistir el embate de las ideas. Allí donde una persona es todo el Estado, correis gravísimo peligro de que, gastando esa persona, ó por la crítica justa, ó por la calumnia envenenada, gasteis al mismo tiempo el Estado. La forma republicana, que no depende á la verdad de ninguna persona ni familia, que es puramente impersonal, que se confunde con las naciones mismas, tiene en sí bastante virtud y bastante fuerza para mantenerse erguida y firme, aunque se desaten los tempestuosos vientos de todas las ideas.

Pero la imprudencia, que rayó en temeridad, fué la imprudencia de Napoleón III, volviéndose á buscar en la libertad el aire vital que le negaban la fortuna y la victoria. El César, que habia asesinado la libertad, estaba incapacitado para desposarse con la libertad. Napoleón creyó hallar en la libertad una esposa, y encontró una Judith. No le pasó, no, lo que á los últimos Césares del Imperio ro-

mano; le pasó precisamente lo contrario. En aquellos tiempos, cuando los bárbaros se adelantaban hácia la Ciudad Eterna, cuando el Imperio se perdía, comprendieron aquellos dictadores que sólo una palabra mágica podia suscitar héroes, la palabra libertad. Pero los pueblos, embrutecidos en su ignorancia, cargados de cadenas, podridos por una grande inmoralidad, no sabian qué significaba esa palabra, no la sentian resonar ni en su corazon ni en su conciencia. Mas Francia conocia esa palabra y estimaba su precio. Y cuando el César pronunció la palabra libertad, todos dijeron, todos, que la libertad era derecho de los ciudadanos y no concesion de los Césares. Y se irguieron, y se levantaron, y le dijeron á una que detestaban aquel don robado á sus almas en la noche del 2 de Diciembre y devuelto como un depósito disminuido y mermado.

Es la libertad como la luz, que esclarece las grandes aspiraciones, como el aire, que las vivifica. Y la aspiracion indomable, inextinguible, que más arraigada estaba en la con-

ciencia del pueblo francés, era la aspiracion á destruir el Imperio. Así, la imprenta maldijo al César. Así, el derecho de reunion se convirtió en una especie de tribunal revolucionario. Así, el libro reivindicó la República é historió los crímenes de los Napoleónidas. Así, la cátedra misma fué una eminencia donde se condensaban las tempestades del espíritu y se encrespaban las grandes ideas de lo porvenir. El Imperio moria sin libertad, y moria por la libertad.

¡Qué error! Habia ahogado una República, herido la democracia, violado los derechos más sagrados, puesto en ignominioso patíbulo al pueblo francés, combatido todas las ideas modernas, y luego queria vivir de todo cuanto habia asesinado y destruido. No, no era posible la reconciliacion entre el Imperio y la libertad. Al volverse hácia la luz del siglo, le hirió como un rayo. El oleaje de las ideas subia hasta su trono y le arrancaba de las sienas una corona maldecida por la conciencia humana.